

## SERVICIO DE LUNA LLENA

1.- *Himno de Apertura (Tercera estrofa).*

2.- *El oficiante descubre el Emblema.*

3.- *El oficiante, desde el Estrado, pronuncia el saludo rosacruz:*

**- Mis queridos hermanas y hermanos, que las rosas florezcan en vuestras cruces.**

4.- *Los asistentes responden:*

**- Y en la tuya.**

5.- *El oficiante lee:*

## EL TABERNÁCULO EN EL DESIERTO

El Tabernáculo del Desierto fue la Escuela de Misterios de los Atlantes, el símbolo místico que precedió a la Cruz de Rosas. Si comprendemos bien su significado, podremos aplicar mejor a nuestras vidas las Enseñanzas modernas. Por eso, las antiguas Enseñanzas, contenidas en el Antiguo Testamento, se han conservado y se han combinado con las Nuevas Enseñanzas, contenidas en los Evangelios.

En la religión antigua había tres clases de personas en cuanto a su participación en los Servicios del Templo:

1ª.- La **multitud**, a la que sólo le estaba permitido acercarse al Templo para adorar y traer ofrendas, y que no podía pasar del Altar de Bronce.

2ª.- Los **sacerdotes**, que eran admitidos para servir a Dios en el Templo, y que sólo podían llegar hasta el segundo velo.

3<sup>a</sup>.- El **sumo sacerdote**, que era el único a quien le estaba permitido traspasar el segundo velo para recibir allí instrucciones directas de Dios.

Actualmente, en la Escuela de Misterios moderna, hay también tres clases de personas:

1<sup>a</sup>.- Los **Estudiantes**, que han despertado a su responsabilidad espiritual y están intentando alcanzar la vida superior por medio del servicio.

2<sup>a</sup>.- Los **Probacionistas**, que han asumido ante sí mismos una obligación definida, consistente en que el yo inferior o personalidad se compromete a amar, reverenciar y obedecer al Yo verdadero o Superior, dedicándose a una vida de servicio, con el fin de aproximarse al velo y alcanzar la realización consciente del Dios Interno.

3<sup>a</sup>.- Los **Discípulos**, que han sabido persistir y demostrado su elevación, de tal modo, que se les considera capaces de desenvolverse satisfactoriamente en un trabajo más amplio y, consecuentemente, se les está preparando para pasar al otro lado del velo, en el menor tiempo posible, según su desarrollo, y salvaguardando su seguridad.

*“Nadie viene a mí sin que mi padre lo llame”*, dijo Cristo. Por tanto, las multitudes de los antiguos atlantes, que llegaban al Altar de Bronce para ofrecer sacrificios por sus pecados, deben haber sido atraídos, efectivamente, por la Divinidad.

No era, pues, un fuego ordinario el que ardía sobre aquel altar porque, poco después de que el Tabernáculo se construyese a tenor del modelo y las instrucciones dadas en el Monte, un fuego divino y celestial descendió milagrosamente hasta él y consumió la carne allí colocada.

No miremos el lado material sino el espiritual: ¿Qué es ese fuego milagroso que consume la carne y que no ha sido encendido por el hombre, sino que es de origen divino? ¿Hay en nuestra propia vida un fuego semejante, que consuma la carne y la sacrifique en beneficio del espíritu?

En el antiguo Tabernáculo, el Sendero del Logro iba del Este al Oeste, empezando en el Altar de los Holocaustos. También hoy el aspirante orienta su faz hacia el Oeste. Pero ha de hacer de sí mismo un divino sacrificio en el Templo y, entonces, el fuego que arde en su interior es la conciencia, ese fuego divino que nos dice si hemos obrado

correctamente o no, que lleva la cuenta de nuestros errores y que es más estricta que las leyes terrenas. Cada noche, durante la retrospectiva, nos situamos frente a ese altar y juzgamos los actos realizados con el cuerpo. Nuestra conciencia nos mortifica, a tenor del modo como nos hayamos desenvuelto durante el día y, entonces, si somos fieles a nuestro voto, ofrecemos nuestro cuerpo, como un sacrificio viviente, durante las próximas veinticuatro horas. La virtud del Altar de Bronce, pues, puede resumirse en una sola palabra: **“Contrición”**. Ésta es la **primera etapa en el Sendero del Logro**.

Pero el arrepentirse no es suficiente. El joven rico aseguraba haber observado la Ley, pero no estuvo dispuesto a seguir al Maestro, Cristo. Demasiados, desgraciadamente, se contentan, tan sólo, con escapar a la condenación: son apáticos en exceso, para esforzarse más allá de la condenación, como hacen los diligentes que, gracias al servicio, se hacen acreedores a las palabras del Señor: *“Bien hecho, fiel y buen sirviente”*; y demasiado abúlicos para acometer la **segunda etapa**, la de la **consagración a una vida de servicio**.

Así como Cristo inició Sus tres años de ministerio pasando por el bautismo, y el aspirante al servicio en el antiguo Templo, debía santificarse en la sagrada corriente que fluía del Mar de Fundición, el actual aspirante a construir un templo, sin ruido de martillos, y servir en él, ha de santificarse y consagrarse a sí mismo; ha de estar dispuesto a abandonar todas sus posesiones terrenales, aunque el tiempo que las posea, las considere como un depósito divino destinado a hacer el bien, y a obedecer en todo la voz del Cristo Interno cuando diga: **“¡Sígueme!”**, aunque la sombra de la cruz se vislumbre al final del camino. El antiguo Altar de los Holocaustos y la ablución de la purificación simbolizaban, respectivamente, el purgatorio y la depuración que el alma experimenta en él. Pero también simbolizaban la manera más científica en que el discípulo de las Enseñanzas de los Misterios Occidentales realiza la expurgación, mediante la retrospectiva.

Una vez ascendidos los dos primeros peldaños del Sendero, el **tercero** conduce directamente, al aspirante, a la Sala Este del Tabernáculo, en el interior del Templo Místico, sala que puede también denominarse el **Vestíbulo del Servicio**. En ella se contenían todos los implementos necesarios para el crecimiento del alma, aunque sólo

contaba con tres artículos importantes: El Candelabro de Siete Brazos, colocado junto a la pared sur, a la izquierda entrando; el Altar de los Panes de la Proposición, a la derecha; y el Altar del Incienso, frente mismo a la entrada, junto al velo que separaba la Sala Este del Tabernáculo, de la Sala Oeste, llamada “el Santo de los Santos.”

A la Sala Este se la denominaba “el Lugar Santo” y, en ella, el aspirante espiritual aprendía la lección del servicio. Sobre el Altar de los Panes de la Proposición se colocaban doce hogazas, apiladas en dos montones de seis panes cada uno. El grano con el que estaban hechos lo había proporcionado Dios, pero había sido cultivado y abonado por el hombre, que lo había trillado, molido y cocido y lo había llevado al templo como una ofrenda para el Señor. Esos granos de trigo, procedentes de Dios, representan las oportunidades de crecimiento anímico que Dios nos proporciona a través de los doce departamentos de la vida, representados por las doce casas del horóscopo, bajo el patrocinio de las Doce Jerarquías Divinas, conocidas por los signos zodiacales. Pero es labor del aspirante el aprovechar esas oportunidades, explotarlas y convertirlas en el “pan viviente”, que nutre y alimenta el alma.

Nosotros no asimilamos totalmente nuestro alimento ordinario: después de haber amalgamado su quintaesencia con nuestro sistema, queda siempre un residuo y un gran porcentaje de cenizas. Del mismo modo, los Panes de la Proposición no se quemaban ni consumían ante el Señor sino que, sobre cada pila de hogazas se colocaba un montoncito de incienso, que se consideraba como el aroma de éstas y que, más tarde, era consumido sobre el Altar del Incienso.

De modo similar, cada noche, al retirarse, **el aspirante muele en el molinillo de la retrospección el alimento del alma** acumulado, al realizar el científico ejercicio, tal y como lo dieron los Hermanos Mayores de la Rosa Cruz.

Pero, hay un momento, cada mes, especialmente indicado para extraer esa quintaesencia y quemarla ante el Señor, con el fin de amalgamarla e incorporarla así al cuerpo del alma o Dorado Vestido de Bodas, y ese momento se da cuando se acerca el plenilunio. Entonces, la Luna se encuentra en el Este y los cielos están llenos de luz, como lo estaba la Sala Este del antiguo Templo de Misterios atlante, cuando el sustento del alma almacenado y su extracto, simbolizados por los Panes

de la Proposición y las fragantes esencias del incienso, deleitaban a nuestro Padre en los cielos, como siguen deleitándole hoy en día.

Obsérvese especialmente que los Panes de la Proposición no eran fantasías de soñadores ni fruto de especulaciones sobre la naturaleza de Dios o temas similares; eran el producto del esfuerzo diario, del trabajo ordenado y sistemático, y nos incumbe igualmente hoy a nosotros seguir el Sendero del Servicio, si queremos acumular ese tesoro que se puede “guardar en el cielo.” Si no trabajamos, realmente, en favor de la Humanidad, no tendremos ningún “pan” que “ofrendar” en la celebración de la Luna Llena y, en el momento de la Boda Mística entre el Yo Superior y el inferior, nos encontraremos carentes de cuerpo alma, ese dorado y radiante “**Traje de Bodas**” místico, sin el cual esa unión no se puede consumir.

San Pablo, en su Epístola a los Hebreos, nos da una descripción del Tabernáculo y nos proporciona mucha información sobre los usos que se practicaban en él y que nos beneficiaría mucho conocer bien. Sobre todo, llama la atención que denomine al tabernáculo “*una sombra de cosas buenas por venir.*”

Aquel antiguo Templo de Misterios implicaba una promesa, tan válida hoy como el día en que se hizo pues, si visualizamos mentalmente la distribución de los utensilios en el interior del Tabernáculo, pronto percibiremos **la sombra de la cruz**. En efecto: entrando por la Puerta Este, nos encontrábamos, primero, con el Altar de los Holocaustos; un poco más adelante, en el propio sendero del Tabernáculo, se hallaba la Fuente de la Consagración o Mar de Bronce, en el que los sacerdotes hacían sus abluciones; luego, al entrar en la Sala Este del Templo propiamente dicho, a la izquierda, se encontraba uno de los elementos del mobiliario, el Candelabro de Oro; y, a la derecha, formando una cruz con el camino recorrido hasta entonces, el Altar de los Panes de la Proposición; entre ambos y junto al Segundo Velo, se encontraba el Altar del Incienso, que formaba el centro de la cruz; mientras que el Arca de la Alianza, situada en el extremo occidental de la Sala Oeste, o Santo de los Santos, formaba el brazo más corto y superior de la cruz. De este modo es como el símbolo de nuestro desarrollo espiritual, nuestro ideal de hoy día, proyectaba ya su sombra sobre el antiguo Templo de Misterios, y cómo algo que a todos nos incumbe, la máxima consecución, que se alcanza en el extremo superior de la cruz y que

consiste en interiorizar la Ley, se representaba por el Arca de la Alianza, que contenía las Tablas de la Ley.

La luz que brillaba sobre el Propiciatorio, en el Santo de los Santos, en el extremo superior de la cruz, y que representaba el final del Sendero en este mundo, era el reflejo luminoso de los mundos invisibles, en los que el candidato pretende penetrar cuando todo se ha oscurecido y ennegrecido a su alrededor.

Sólo cuando hayamos alcanzado ese estadio de desarrollo en el que percibamos la luz espiritual que nos atrae y que flota sobre el Arca; sólo cuando nos hallemos a la sombra de la cruz, podremos conocer realmente el significado, el objeto y la finalidad de la vida. Por el momento, hemos de aprovechar las oportunidades que se nos ofrecen y prestar nuestro servicio más o menos eficientemente. Pero, sólo cuando, gracias a ése servicio, hayamos desarrollado en nuestro interior esa luz espiritual que es el cuerpo del alma y cuando, con ello, hayamos logrado la admisión a la Sala Oeste o Sala de la Liberación, podremos percibir y comprender realmente por qué estamos en el mundo y qué nos falta para ser apropiadamente útiles.

No debemos creer, sin embargo que, habiendo penetrado la primera vez, podremos ya permanecer allí definitivamente, pues no es así; al Sumo Sacerdote sólo se le permitía entrar una vez al año. Había, pues, un intervalo muy largo de tiempo entre cada dos vislumbres del propósito real de la existencia y, durante él, el Sumo Sacerdote debía permanecer entre sus hermanos, o sea, la Humanidad, y servirles con el máximo de su capacidad. Y, como no era perfecto, pecaba. Pero, para volver a entrar en el Templo, debía antes hacer la oportuna penitencia por sus pecados.

Lo mismo nos ocurre a nosotros hoy día: A veces vislumbramos las cosas que nos están reservadas y que debemos hacer para seguir a Cristo al lugar adonde Él fue. Recordemos que dijo a Sus discípulos: *“Ahora no podéis seguirme, pero me seguiréis más adelante.”* Y lo mismo ocurrirá con nosotros: Habremos de mirar, una y otra vez, al interior de ese Templo oscuro, el Santo de los Santos, antes de llegar a capacitarnos para permanecer allí y dar **el último paso**; antes de estar preparados para **alcanzar el punto más elevado de la cruz, el lugar de nuestro cráneo** que indica, en nuestra propia cabeza, el punto por donde el Espíritu sale del cuerpo, bien permanentemente, con la muerte, bien de vez en

cuando, en el Auxiliar Invisible. Ese Gólgota es la **suprema consecución**. Hemos, pues, de estar dispuestos a penetrar muchas veces en el Salón Oscuro, antes de estar preparados para el clímax final.

Un campanario es muy ancho en su base, pero va estrechándose hasta que, en lo alto, se reduce a un punto coronado por la cruz. El Sendero de santidad es semejante: Al principio nos podemos permitir muchas cosas pero, al progresar, una tras otra han de ir siendo abandonadas todas las digresiones y nos hemos de consagrar, cada vez más, al servicio de la santidad. Por fin, llegaremos a un punto en el que el Sendero será tan estrecho como el filo de una navaja de afeitar y, en ese punto, no tendremos más asidero que la cruz. Pero, cuando lo hayamos alcanzado y seamos capaces de recorrer éste, el más angosto de todos los caminos, estaremos preparados para seguir a Cristo en el más allá y servir allí como lo hemos venido haciendo aquí.

6.- Concentración.

7.- Himno de Clausura.

8.- *El oficiante cubre el Emblema.*

9.- *El oficiante lee la*

### **Admonición de Despedida:**

Ahora, vayamos a nuestras habitaciones, hablando tan sólo lo que resulte necesario, y meditemos allí sobre estas cosas, consagrandolo de nuevo nuestras vidas y solicitando la ayuda de nuestros Hermanos Mayores para convertirnos en Auxiliares Invisibles conscientes.

\*\*\*